

## ***Historia y criterio de verdad en Occidente***

***Teresa Bianculli Olivo***

En este trabajo quiero referirme a los procedimientos con los cuales la ciencia de la Historia busca y maneja los elementos y resultados del llamado conocimiento histórico. Los recursos que utiliza son propios mas bien de las ciencias llamadas exactas y de la naturaleza, que se fundan en el criterio de la verdad lógica como concordancia. La Historia opera con el **canon de la periodización**, en el que se exponen los resultados de las investigaciones históricas, y según el **principio de causa y consecuencia**, que rige al canon mismo y que se corresponde con la categoría kantiana de “causalidad y dependencia”, patrón operativo de lo que Kant llamó “la función del Entendimiento”, por la cual se llegan a elaborar los juicios de conocimientos, las nociones o conceptos. “Los conceptos”, dice Kant —al contrario de “las intuiciones” — “se basan en funciones”.

*“Entiendo por función, la unidad del acto de ordenar diversas representaciones bajo una sola común”<sup>1</sup>*

El principio de causa y efecto pertenecería según esto, a la estructura misma de la racionalidad, que dispone todo suceder como pares en sucesión causativa, ya se trate de eventos humanos o naturales, absurdos o lógicos. Esa tendencia ordenadora de lo que se percibe rige también el ordenar que efectúa el hacedor de la Historia.

Muchos de los malentendidos que suscita esta singular disciplina están vinculados con sus principios operativos y, en grado mayor aun, con la fuente y consideración de donde esos principios provienen, el criterio lógico de la verdad, por ejemplo.

Toda esa confusión cualificante repercute en el prestigio y la valoración de un saber del cual se reclama que no rinde tantos frutos como recursos consume. Pero la Historia no es un conocimiento cualquiera ni es uno más. Es saber fundador y constructor de esta civilización que habitamos, señora, por eso, entre sus productos culturales.

El hombre, el ser cuyo devenir construye la Historia, es impulsado a ser por necesidades, según el moderno modo de ser de la época. Y esto es así, al punto de que su ocupación habitual y ordinaria se despliega casi en su totalidad para cubrirlas. Su ansiosa mirada sólo logra percibir en “lo que es” la cualidad de *stock* aprovechable y, a los efectos de la intervención manipulante que de esa consideración se sigue, bastaría cuantificarlo para tenerlo por “sabido”. Cualquiera otra “verdad” respecto a “el mundo”, “el hombre” y “la naturaleza”, ni siquiera se vislumbran desde tan necesitada perspectiva.<sup>2</sup> Así, pues, y no obstante la cualificación fundadora que le descubrimos a la Historia, ese modo de ser necesitado de nuestro ser actual le exige el cumplimiento de cuotas de satisfacción puntuales, de información, por ejemplo.

Tal exigencia se funda en la consideración de “el pasado”, como lo antiguo e inútil, en el que se pudiera encontrar, tal vez, ciertos “datos”, algunas razones para el vivir presente: *típs* para prolongarlo y colmarlo, “renovando” lo obsoleto para volverlo útil, asentando en esto último la razón de ser de uno y otra, del simple vivir y de la Historia que lo narra.

Semejantes razones no lo son en propiedad. Se aprecian para uso cosmético, como ilustración retórica en los vacuos discursos ciudadanos. Tales bondades resulta absurdo requerirlas de la Historia, porque no brotan de su esencia, sino de su descomposición. No constituyen su ser, ni siquiera en tanto saber, si es que pudiéramos asignarle un ser tan desvalido.

¿Cuál es el ser de la Historia? La Historia ha sido definida desde su etimología como **búsqueda, investigación y testimonio**. A partir de sus orígenes griegos, remontamos dos caminos. La etimología en su estadio más antiguo y originario nos lleva hasta la identidad de la palabra Historia con **sabiduría**, cuando ésta procede del Perfecto del verbo

Ver.<sup>3</sup> El **Historiador**, el *ístor*, es así, “el que ha visto”, quien adquiere la condición de **sabio** sólo con relación a eso “visto”, lo contemplado, con aquello de lo que puede dar testimonio.<sup>4</sup>

La otra vertiente nos lleva a lo que se persigue con la búsqueda histórica. Si antes llegábamos a “lo visto”, ahora nos topamos con “lo buscado”, como finalidad de este obrar. Y aquí se confunden las vertientes, pues lo buscado no es azar, sino, por el contrario, algo de carácter muy preciso. La precisa configuración de eso buscado proviene de que antes **haya sido visto**, una anterioridad que no es temporal, es de fundamento.

El carácter previo de esto visto no es presagio ni depende del arbitrio o de la voluntad individual. En una consideración fundamental acerca del hombre, expuesta en la tradición filosófica de Occidente. Eso visto es uno con el Ser y es, por tanto, el Ser mismo. Pero en el obrar cotidiano que despliega la ciencia de la Historia, lo que llamamos “lo anterior”, aquello donde se asienta la visión, no es más que una especie de atado cultural, un manojo de modos aprendidos y ejercitados, comprobados en su validez como verdaderos sólo por que son útiles para vivir, y mejor sería decir sobrevivir, pues resultan buenos para una época y civilización, más no en absoluto.

El adjetivo cultural alude al carácter histórico que, por fuerza de necesidad, afecta a los criterios, las concepciones y las mentalidades. Y puesto que refiere al llegar a ser, afecta, por tanto, las verdades establecidas y sus criterios, que son del tiempo, con los cuales se mide, se aprecia y valora el llegar a ser, del que se ocupa el oficio histórico.

Sabemos que los patrones culturales predisponen y configuran los modos de ser de los hombres. Pero con igual fuerza presionan los mandatos que provienen del Ser del hombre, de su esencia fundamentante que, no obstante, permanece libre para la decisión. A este respecto, dice Heidegger en los *Conceptos Fundamentales* (1941) que: “*El hombre presta atención o bien a aquello que le hace falta o bien a aquello de lo que puede prescindir*”.<sup>5</sup>

¿En cuál de estos recintos se recoge con propiedad la fuerza que nos empuja a ser y la Historia que lo cuenta? La verdad pertenece

al ser del hombre y configura con legitimidad su modo de ser. “*Descubrir es una forma de ser del ser-en-el-mundo*”, dice Heidegger en *Ser y Tiempo* (1927).<sup>6</sup> Pero, una vez efectuados, los descubrimientos **son**, se establecen, visten el ropaje del ser, no siendo más que la verdad de una época, siendo época ellos mismos, en espera de ser sustituidos por otro descubrimiento que “haga época”, a su vez, por una “novedad”. La posibilidad de que la verdad ostente formas históricas y culturales, incluida la verdad lógica, que pretende validez universal, se funda en la cualidad constitutiva suya, “... **la verdad** *está con pleno derecho en una conexión originaria con el ser*”, como lo declara Heidegger en el párrafo 44,<sup>7</sup> en uno de los textos más contundentes que sobre la Verdad y su relación originaria con el ser del hombre ha producido la reciente filosofía de Occidente.

Afincado en textos originarios del pensar griego, como la *Metafísica*, de Aristóteles, y el llamado “poema” *Sobre la Naturaleza*, de Parménides, muestra Heidegger que la indagación sobre “la physis”, con la que se inició este pensar en el siglo VI, era tenida en conciencia por sus mismos iniciadores como un “filosofar acerca de la verdad”, esto es, acerca de la *alétheia*, según palabras del mismo Aristóteles, citadas por Heidegger:<sup>8</sup>

“*La filosofía misma es determinada... Como una ciencia de la verdad, (Met. A 993 b 20) Pero, es, a la vez, caracterizada como una ciencia —epistémé—, que contempla al ente, en cuanto ente, es decir, desde el punto de vista de su ser*”. (G, 1, 1003 a 21).<sup>9</sup>

Esta última frase es decisiva, porque el *Dasein*, el ente que existe en la tenencia de una comprensión de ser, según la terminología de Heidegger en *Ser y Tiempo*, es el único entre los entes que puede contemplar el ser desde el ser, y sólo por esa propiedad es que puede contemplar el ente, el *tó ón* —lo que es—, “desde el punto de vista de su ser.” Este mirar del ser es el lugar originario de la Filosofía y, viniendo a lo que nos convoca, el lugar de posibilidad de la Historia, en tanto mirada que puede contemplar el llegar a ser.

Etimología, de *etymon*, traduce la auténtica disposición de lo real. La disposición de ser que la palabra verdad, **a-létheia**, expresaba

en sus orígenes, nos la trae al presente su significación como des-ocultamiento y des-olvido, es decir, el re-cuerdo. Teniendo esto presente, traído al recuerdo y no olvidándolo, volvemos al meditar de Heidegger por la esencia de la verdad, que orienta nuestra reflexión sobre la Historia:

*“¿Que significa aquí <investigar acerca de la ‘verdad’>, ciencia de la ‘verdad’? ¿Se convierte la ‘verdad’ en tema de esta investigación en el sentido de una teoría del conocimiento o de una teoría del juicio?”<sup>10</sup>*

En el mismo párrafo va la aclaratoria: “*Manifiestamente no, porque “verdad” significa lo mismo que “cosa”, que aquello que se muestra en sí mismo*”, razonamiento en el que Heidegger vuelve a una frase de Aristóteles, cuando reconocía que quienes lo precedieron en la investigación acerca de la verdad, lo hacían “guiados por las cosas mismas”, *tá autá, tá prágmata*.<sup>11</sup>

En la consideración de las verdades que afirma la Historia, desde el sentido de verdad que diseñan las teorías del conocimiento y del juicio, se ha asentado el cuestionamiento de la Historia como legítimo obrar de Occidente. Preguntamos sobre la posibilidad de descubrir y ver qué tiene el obrar histórico, mediado por criterios y procedimientos prestados y por oscuridades respecto a lo que pudiera ser lo propio, el ser propio de un pueblo, de una cultura, ¿de América? De allí vemos que la posibilidad de descubrir radique en cierta capacidad de reconocer aquellas “cosas que competen y atañen”, las cosas que por ser propias constituyen, al hombre y a la Historia. En esa condición podría “verificarse” el carácter originario de la verdad como descubrimiento de lo idéntico, tal como lo expone Heidegger.

La verdad que busca la Historia ¿supone la conformación del ser del hombre con el ser de “las cosas mismas”, entendiendo las que le atañen?

¿Se asienta, por el contrario, esa verdad que persigue la Historia, en el criterio lógico de la concordancia o *adaequatio*, bien sea respecto del enunciado con lo enunciado mismo o del enunciado con el principio de contradicción de la propia razón? Este criterio, es él mismo histórico, aunque la escolástica medieval, interpretando a Aristóteles, lo haya

investido paradigma a partir de las investigaciones de Tomás de Aquino.<sup>12</sup> Este criterio de la adecuación es adecuado sí, pero para la delimitación de lo ente que abre la mirada científica.

“*Ser verdadero (verdad) quiere decir ser-descubridor*”.<sup>13</sup> En esta frase juega Heidegger con la apariencia arbitraria de la expresión y con la forma tautológica de la proposición. El *logos*, la frase, es mostrador, “apofántico”; devela lo oculto, lo hasta entonces desconocido. Es en el habla donde se manifiesta que ha acaecido un develamiento, que se ha realizado un des-cubrimiento. El habla, como *logos*, no es lo visto, sólo es “lo que permite ver”, es, por tanto, la suya, una verdad derivada. Cada palabra y frase refiere constantemente este acto des-ocultador, único en el que el hombre conoce que *es*. De ahí, que pueda conocer “lo que es”. Ese acto es así, primariamente mostrador del hombre ante él mismo y los otros, señalador de la realidad en la que habita de facto: su existencia: su “mundo”, sus relaciones de ser. Lo que llamamos Conocimiento son entonces esas relaciones de ser, en el modo de ser del develamiento. Así, se dirá: descubrimiento de “lo ente”, de “lo que es”: *physis* o naturaleza, *alétheia* o Verdad.

Tendríamos que reconocer que la Historia ha venido operando, no con la especificidad que se sigue de su carácter des-cubridor y mostrador del llegar a ser, el ser propio y auténtico, sino por asimilación con los demás quehaceres utilitarios y prácticos de Occidente, que computan lo que es desde la perspectiva de lo que parece y perece y no de *lo que siempre es*. Esto eterno en la Historia no es la beata eternidad de la ausencia de tiempo, es **lo principal**, lo que rige la modificación sin modificarse él mismo.

La Historia como quehacer expreso, como *tejne*, sólo contempla y da cuenta del llegar a ser, jamás del ser mismo. Lo demás, el Ser, no es ciencia, quizá experiencia. En todo caso, esa otra parte que no es razón, cálculo ni raciocinio, pero que *es*, esa parte es inefable. La pretensión de cientificismo de la Historia puede estar en la base de las confusiones sobre su real hacer y ser que la llevan a utilizar los recursos operativos y el discurso mostrador de la verdad, propio de las ciencias de “la naturaleza”, el *logos* mensurante. Al contrario de las ciencias

positivas que tienen por ámbito el ente “puesto ahí”, la Historia mira el transcurrir y lo mira desde la comprensión del ser, porque el hombre *es* esa comprensión. Esa comprensión, inmediata y de facto, se devela en su fundamento como *alétheia*, en la medida del remontar hacia lo originario, hacia aquello “visto”, “lo buscado”, el Principio que rige el devenir.

### **Notas Bibliohemerográficas**

- <sup>1</sup> Kant, Emmanuel. *Crítica de la Razón Pura*. Madrid, Alfaguara. 1983. (1787 2ª edición en alemán) Véase: Analítica de los conceptos, p. 105.
- <sup>2</sup> Heidegger, Martín. *Conceptos Fundamentales*. Madrid, Alianza. 1981. Véase: Introducción & 1 c), a: La apelación de las necesidades: lo que hace falta. p. 29-30.
- <sup>3</sup> *Óida*, He visto, del infinitivo *Idein*, que sólo conserva el Perfecto, pues el Presente y Futuro de Ver provienen de otras raíces: *Hor-am* y *Opso-mai*.
- <sup>4</sup> Corominas, Joan. *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, Gredos, 1997.
- <sup>5</sup> Véase: Heidegger. *Op. Cit* (1981) p. 31
- <sup>6</sup> Heidegger, Martín. *Ser y Tiempo*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1998. Trad. Jorge Eduardo Rivera. p 241.
- <sup>7</sup> *Op. Cit.* (1998), p 234. Subrayado del Autor.
- <sup>8</sup> *Ibidem*. Heidegger refiere los pasajes 983 d y 988 a de la *Metafísica*, de Aristóteles.
- <sup>9</sup> *Ibidem*.
- <sup>10</sup> *Ibidem*. Subrayado del autor.
- <sup>11</sup> *Ibidem*
- <sup>12</sup> Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. Madrid, B.A.C. 1957. Cuestión 16: De la Verdad. Véase también, Cuestión 17: De la Falsedad
- <sup>13</sup> *Idem*. p 239. Véase p. 240.

***Teresa Bianculli Olivo***

---

Licenciada en Historia por la Universidad de Los Andes. Tesista de la Maestría de Filosofía de la Universidad de Los Andes bajo la tutoría del Dr. Lionel Pedrique. Profesora de Historia de las Ideas Políticas adscrita al Departamento de Historia Universa, Escuela de Historial de la Facultad de Humanidades y Educación (U.L.A.). Miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia de las Ideas en América Latina.

**Resumen**

Con especial atención se discute sobre la esencia de la verdad en Occidente y sus repercusiones en una ciencia como la Historia. Por ello se indaga en los procedimientos por los cuales la Historia busca y maneja los elementos y resultados del conocimiento histórico. Por tratarse de un problema de fundamentación se estudian algunos avatares sobre el criterio de verdad en la evolución del pensamiento, sobre todo en Heidegger.

**Palabras Claves:** Filosofía, Conocimiento Histórico, Heidegger.

**Abstract**

The author discusses the meaning of truth in the western society and its repercussions in History as a science. For this reason, the author inquires into the procedures that History follows to search for and to explain the elements and the results of historic knowledge. Because it is a philosophical problem, the criterion of truth is studied in the evolution of thought, particularly in Heidegger.

**Key Words:** Philosophy, Historical Knowledge, Heidegger.